

del Angel. Con la caja el Barbero, suegro de Paco el de la Botica y a continuación Córdoba, cuando estaba en el almacén antes de ser capataz, Esteban Córdoba, el padre de la Paz y de Pepe, grandes compañeros de juegos de los chicos y una gran persona de los zurrillas de mi casa. Juan Ramírez, el del mastique, el hombre más feo del mundo, en cuyo horno de la calle Ancha esquina a la plaza del Progreso se hacían las mejores magdalenas del pueblo por su mujer, la Filomena, que era una bendita.

Olivares, padre de Sebastián el que se casó con la Rosa de Cástor el sastre. A continuación el Quemao y Bernardo Villajos.

El que está en la máquina es el señor Higinio y Domingo Delgado, el dueño de las casas del paseo. Fernando "el de la maquinilla", Paco Jiménez, Indalecio Alberca, el padre de Ruperto Montalvo, José María Cortés, Correas y otros muchos que los lectores irán puntualizando con su paciencia y agudeza insuperables.

Leyendo estas relaciones puede apreciarse si hay o no motivos para adorar la estación, porque no son inventos sino huellas orgánicas que te dejan señalado para toda la vida, como cualquier enfermedad o su tratamiento, pues el médico deja casi siempre más señales que la enfermedad.

Cuántos Trabajicos

Una vez me hicieron ir a ver a una joven mujer que se moría por momentos de calenturas puerperales en un pueblo inmediato. Pertenecía a una familia de trabajadores de las muchas que solían amanecer en mi casa después de una noche infernal por los caminos. Eran los tiempos anteriores a la Penicilina.

Estuve con su madre, solos, de pie junto a la cama o sentados en ella todo el tiempo que permanecí en la casa, la enferma sin hacernos caso y la madre invocando constantemente el consuelo de la hija con un sentimiento de lo más enternecedor:

— ¡Milagros de mi alma! — ¡Cuántos trabajicos!.

Se resolvió el problema y sigo viendo de cuando en cuando a la madre y a la hija, pero aún sin verlas, aquella tarde es imposible de olvidar, la tarde, la casa, la habitación y la escena desgarradora de dolor y no puedo evitar el invocarlas en mi pensamiento cada vez que me veo en situaciones parecidas, por unas u otras causas.

— ¡Ay! Milagros de mi alma, cuántos trabajicos.

Qué huella tan profunda me dejaron los clamidos de la madre para no poderlos olvidar siendo una mujer tan humilde, tan sencilla, tan sufrida que se comía los dolores para que no los oyera ni la tierra.

Y siempre repetimos la expresión cuando nos vemos aún delante de la propia enferma, la inolvidable Milagros que su madre invocaba con todos los trabajos y los afanes, expuesta a perderlos en un momento de desgracia.